

LA SOLEDAD Y LA VIDA DEL MAESTRO

A vuelta de unos cuantos años de despreocupación por la persona y el trabajo del maestro, vuélvense los ojos de investigadores y estudiosos hacia la figura del que es principal agente externo de la educación.

Mas la atención a la figura del maestro, sostenida sin duda, de la actual investigación pedagógica, apenas si ha atravesado la mera superficialidad de los datos obtenidos por los procedimientos experimentales o de las vagas generalizaciones montadas, ya en los ejemplos históricos, ya en las deducciones de las cualidades ideales de un maestro.

Mi propósito es reflexionar, un poco detenidamente, acerca de una situación no común a todo el que ejerce el magisterio, pero sí lo suficientemente extendida para que merezca la pena de ser examinada. Me refiero al aislamiento del maestro rural, a su soledad. Ya he dicho que esta situación no es común a todos los maestros; no todos son maestros rurales; pero, salvo en aquellos escasos países superpoblados en los que puede decirse haber prácticamente desaparecido el campo, un gran número de maestros, y en muchos países, una gran mayoría de maestros, ejercen su función en los medios rurales, sin comunicación frecuente con quienes están dedicados a la misma tarea o tienen parecidas preocupaciones. Concretamente, en España y en Hispanoamérica están en mayoría los maestros rurales respecto de los que desempeñan su magisterio en los medios urbanos.

El ruralismo como situación de un maestro, plantea una problemática especial. A todo el mundo se le alcanza su complejidad; el maestro rural vive y trabaja en un peculiar ambiente social, distinto de aquel en que trabaja el

maestro de grandes núcleos urbanos; el maestro rural posee medios didácticos que otros maestros no tienen a su alcance, y, a su vez, carece de otros medios que posee el maestro de poblaciones grandes o de zonas industriales; por el solo hecho de ser rurales, los escolares son diferentes de los que viven en otros medios.

Las diferencias apuntadas, que desde luego no agotan la diferenciación entre magisterio rural y otros tipos de magisterio, se refieren al ambiente, a circunstancias que rodean al maestro; lógicamente ha de ser así, porque el medio rural es eso, un medio o ambiente, algo que aparentemente se queda en el contorno; mas este ambiente ejerce influencia, primero en las circunstancias que envuelven la tarea educativa, pero después llega al propio mundo interior del maestro, lo mismo que penetra en los educandos configurando en ellos una psicología especial. En otras palabras: el ambiente rural diferencia la tarea educativa no sólo porque ésta cuenta con recursos diferentes, sino también porque el maestro es distinto por el mero hecho de vivir en una zona rural.

Y la razón principal, tal vez única, por la que el maestro rural es distinto de cualquier otro maestro, es la soledad.

Sin que de un modo explícito se haya planteado como problema la soledad del maestro, se han hecho, no obstante, referencias a ella en algunas investigaciones experimentales.

Gates, en su *Educational Psychology*, señala entre las causas del fracaso del maestro el hecho de no ser éste aceptado por la comunidad en que vive como una persona cualquiera; y Greenhoe, en un estudio realizado en 1939, apunta el hecho de que el maestro es considerado como un extraño en la sociedad. En una investigación realizada por la Asociación Nacional de Educación (N. E. A.) de los Estados Unidos de América, y publicada en su *Research Bulletin* en el año 1940, se señalan como factores negativos respecto del equilibrio espiritual del maestro la falta de posibilidades

de recreo, y la carencia de oportunidad para reunirse con personas de condición semejante, corroborando las conclusiones a que llegaron con anterioridad Peck y Prescott.

En las mencionadas investigaciones aparece el aislamiento como un factor negativo para el equilibrio espiritual del maestro; éste, como cualquier hombre, necesita verse al exterior, al menos de cuando en cuando, ya sea descargando preocupaciones internas, ya sea olvidándose de su interior para divertirse, en el sentido vulgar de esta palabra, es decir, para dedicarse al despreocupado o alegre trato con las cosas exteriores. Mas en uno u otro caso, para que la relación pueda establecerse, el hombre necesita una cierta proporción entre su ser y los demás, hombres o cosas; así, no podemos descargar nuestras preocupaciones sino en aquellos que nos comprenden, ni nos divierten todas las cosas sino aquellas que de algún modo se adaptan a nuestra peculiar manera de ser. Se ve claro que el hombre no puede él solo con su vida, necesita establecer una relación con algo externo a él. La tremenda situación del hombre sin lazos con el exterior es la soledad en su sentido radical.

* * *

En rápido análisis vamos a ver que la soledad es ausencia de comunicación.

Una primera mirada a la soledad nos advierte que no se dice respecto de las cosas. Hablamos de que un hombre se halla solo en el campo, por ejemplo, no obstante hallarse rodeado de multitud de cosas: piedras, hierbas, árboles. Por el contrario, si le vemos con otros hombres no decimos que está solo; parece que la soledad se dice respecto de los hombres.

Sin embargo, nos encontramos con expresiones, también corrientes, que parecen contradecir las anteriores afirmaciones. No es difícil oír a alguien decir que en una gran ciudad, en medio de una multitud, se encontró muy solo; y a

la inversa, oír a otro afirmar que en el campo no se siente solo.

¿Qué ocurre para que tales expresiones puedan escucharse?

Si nos detenemos a reflexionar un poco descubriremos que quien, tal vez viajero, en medio de una gran ciudad se encuentra solo, se halla en tal situación porque no puede comunicarse con nadie; quisiera hablar, mas a nadie conoce y nadie le conoce a él. En situación opuesta, el que en el campo, contra las apariencias, no se encuentra solo, es porque ha establecido comunicación con las cosas; el paisaje le atrae, le gusta oír el viento, siente la sensación placentera del aire o de la temperatura tonificantes; en cualquiera de estos casos las cosas le envían sus estímulos, el hombre los recoge y tiene conciencia de ellos; hay una comunicación, aunque no sea recíproca, entre el aparentemente solitario y lo que le rodea. Volviendo al viajero, si los monumentos, o las tiendas, o el movimiento de la ciudad le interesaran, le atrajeran, se pondría en comunicación con ellos para mirarlos, para gozarse de su espectáculo, y entonces desaparecería la soledad.

Resumiendo: cuando el hombre entabla alguna relación no se halla en soledad, esté o no en medio de otras gentes.

Con la rígida fuerza de un silogismo, podemos llegar a asentir, de un modo racional, a la sentencia que ya conocemos por revelación: «No es bueno que el hombre esté solo» (*Génesis*, II, 18). En efecto, si la comunicación es necesaria al hombre, síguese que la falta de ella, la soledad, es situación contraria a una natural necesidad humana. Por lo que se refiere al maestro, recordemos que las investigaciones a que aludí también presentan la soledad como un factor negativo en la profesión magistral.

La necesidad de comunicación que tiene el hombre es probablemente el correlato psíquico del apoyo ontológico a su contingencia; aun cuando el hombre vulgar ni siquiera tenga noción de lo contingente, siente en sí mismo la de-

bilidad de su ser, su impotencia para subsistir, y de aquí el buscar algo que complete o justifique su vida. Ha de salir hacia las cosas o hacia los demás hombres; si no encuentra con quién establecer las relaciones que necesita, se hallará solo y su reacción ante tal estado adquirirá un tinte negativo.

El sentimiento que sigue a la soledad es el aburrimiento; éste se produce por la ausencia de interés por las cosas que nos rodean. Nos aburrimos cuando «no sabemos qué hacer», lo cual vale tanto como decir que nos aburrimos cuando no hay interés por las actividades posibles en aquel momento y situación. A la misma falta de interés se reduce el aburrimiento producido por la obligación de tratar con cosas o personas: cuando nos vemos obligados a repetir una y otra vez, un día y otro día, la misma tarea, sin sentido para nosotros, o cuando hemos de tratar con personas que ni nos divierten ni nos entretienen ni nos ayudan, nos enfrentamos con la vaciedad de aquella situación, que si se prolonga nos lleva al enfrentamiento con la vaciedad de nuestro yo y de nuestra vida. Y para que aun más vacío esté nuestro ser en tal situación, hasta pudiera decirse que el aburrimiento no llega siquiera a sentimiento; es como la sequedad o la esterilidad de nuestra capacidad afectiva. El aburrimiento se da en la soledad sin la hermosura de la tristeza.

Cuando en la soledad opera el conocimiento, o mejor dicho el recuerdo de algo con lo que no se puede establecer relación actual, surge la nostalgia. Es más del dominio común la ligazón de la nostalgia que de cualquier otro sentimiento con la soledad; tan es así, que en algunos idiomas, precisamente los más adecuados para expresar la intimidad sentimental, hay una sola palabra para significar la soledad y la nostalgia; tal, por ejemplo, la *saudade* portuguesa. En la nostalgia opera el recuerdo de un bien, el conocimiento de su ausencia y también la mirada a la comunicación que puede establecerse, aunque tal posibilidad no se dé en el

caso del que siente la nostalgia. Es decir, nos sentimos nostálgicos cuando sabemos que es posible la comunicación con el bien ausente, el retorno a su contacto, aunque para nosotros no sea posible, de hecho, tal retorno; no existe nostalgia para los bienes que concebimos incomunicables en absoluto; así, el camino hacia la patria ausente, aunque no lo podamos recorrer, es un elemento esencial de la nostalgia. La nostalgia es el sentimiento de soledad referida a la compañía; surge de la mirada que el solitario lanza al bien comunicable y ausente.

Todavía la soledad puede dar lugar a un sentimiento que se revela más ásperamente: la angustia. Psicológicamente, la angustia es el sentimiento de miedo sin causa conocida: es como el terror, que no sabe de qué se aterroriza. Cuando tenemos miedo de algo no nos encontramos solos, estamos nosotros y lo que nos produce miedo; pero cuando este algo desaparece de nuestra conciencia y sigue, no obstante, el miedo, se nos convierte en angustia. Nos hemos quedado solos y en una situación más deplorable aun; hasta la presencia del objeto temible representaría un alivio; miedo y soledad son los factores de la angustia; nuestro espíritu se halla en medio de su propia debilidad.

He visto en las doctrinas existencialistas la especial referencia a una peculiar soledad: la del que se halla solo frente a los demás hombres. Cuando nos sentimos objeto de la mirada de los demás, se apodera de nuestro espíritu un sentimiento negativo situado, en la gama que va de la simple incomodidad a la angustia, pasando por la molestia, el malestar, la inquietud.

La mirada de los demás nos deprime; precisamente porque somos *objeto* de la mirada de los otros, tenemos la conciencia de que nos hemos convertido en *cosas*; sentirse mirado equivale a sentirse *cosificado*.

Y aun pudiera decirse que nos hemos convertido en una cosa más triste que las otras cosas; ellas son siempre así, mas nosotros hemos descendido de la categoría de sujetos

a la de objetos, somos un objeto *despojado*; nuestra situación equivale a la del pobre que antes fué rico, hallándose su pobreza atormentada por el recuerdo de la riqueza que se fué. Somos cosas obligadamente, y mientras lo somos nos atormenta la protesta de nuestro espíritu, disconforme con su descenso.

Todavía más. Nuestro ser no es un simple objeto despojado; han tomado posesión de él los que nos miran; somos también un objeto *poseído*. La mirada de los otros penetra en nuestro ser con la profundidad de que son capaces, y desde entonces nos hacemos esclavos de sus apreciaciones: allá estamos desarmados frente a lo que los demás quieran suponer, pensar o juzgar de nosotros.

Modificando un poco el pensamiento de Sartre, podemos aceptar que el ser mirado es como un anticipo de la muerte, la cual, de no sumergirnos en el olvido, hará de nosotros objetos inmóviles de la mirada de los demás.

* * *

Hasta aquí la cara hosca y dura de la soledad.

Mas el hombre tiene una extraña facilidad de conversión de las cosas.

Tiene la triste posibilidad de sacar mal de lo que es bueno en sí. Toda nuestra vida de desorden y pecado no es otra cosa que el resultado del mal uso de instrumentos buenos en sí mismos; tal, por ejemplo, el ejercicio desordenado de las tendencias.

Pero igualmente tiene la posibilidad, cuasi divina, de sacar bien de aquellos hechos y situaciones malos en sí; podemos emplear como ejemplo la utilización del dolor en el camino de nuestra perfección.

Con la soledad, en sí misma situación negativa, puede el hombre hacer otro tanto: convertirla en ocasión maravillosa para expansión de su ser.

Nuestra propia limitación hace deseable la soledad. Te-

nemos necesidad de comunicación, mas no podemos comunicarnos indefinidamente ni en extensión ni en intensidad. En la conversación corriente no podemos atender más que a una persona; si hay varios en conversación, no pueden todos hablar a la vez y en las raras ocasiones en que hemos de atender a más de un estímulo, no lo realizamos sin que padezca la intensidad de la atención que a cada uno prestamos. Es decir, que la comunicación eficaz se da entre dos únicos seres. Pues bien, la soledad condiciona la eficacia de una comunicación, porque, cortando relaciones múltiples, nos da la posibilidad de comunicarnos más intensamente con aquel ser que tiene superior interés para nosotros.

Aquí está la razón del extraordinario aprecio en que a la soledad tienen los místicos. Cortando las relaciones con las criaturas, el alma está más dispuesta, tensas todas sus fuerzas, para la comunicación con Dios.

Mas no olvidemos las anteriores afirmaciones. La soledad es sólo *condición* para una comunicación fecunda, no causa de ella. La causa está en la capacidad que el hombre tenga para comunicarse: capacidad de oír o de comprender el mensaje que los hombres o las cosas le envían, y capacidad de hablar, de enviar él su propio mensaje. Cuando esta capacidad no existe, los sentimientos negativos apuntados antes hacen presa del hombre o éste se convierte en una cosa estúpida entre las cosas. Un espíritu vacío hace imposible la comunicación; la sequedad, por ejemplo, a que hacen referencia los místicos, da la impresión, aunque sea equivocada, de que Dios no se comunica con el alma porque ésta se encuentra seca, vacía.

La capacidad de comunicación hace referencia a los demás hombres, en el pensamiento vulgar; mas esta comunicación es justamente la que no se da en la soledad. Cuando el hombre está solo, para que la nostalgia, el aburrimiento o la angustia no hagan presa de él, necesita saber comuni-

carse con las cosas, consigo mismo o con Dios; son los tres tipos de comunicación fecundados por la soledad.

Mentar la capacidad de oír y hablar con las cosas es entrar de rondón, sin salir del orden empírico, en la causa más honda de la capacidad de comunicación: los propios contenidos espirituales del hombre. Hace falta mucha riqueza espiritual para entender lo que las piedras, los árboles, los pájaros o el paisaje dicen; aquí se cumple en toda su radical hondura el pensamiento aristotélico de que los nuevos conocimientos sólo son posibles merced a los que con anterioridad posee el hombre. Una flor hacía saltar lágrimas a San Ignacio de Loyola, porque le hablaba «a gritos» de la belleza de Dios; mas estos gritos no hubieran sido oídos si en el alma del santo no estuviera operando la conciencia de la belleza divina. En un delicioso cuento argentino he leído que los animales enviaron al grillo con un mensaje de paz al hombre; pero como éste no conoce el alma de los animales ni sabe nada de sus sentimientos, está sordo a sus palabras y nunca comprende al grillo, que sigue, incansable, cantando su incomprensido mensaje de amistad. Y sin llegar a las zonas de la teología o la poesía, a nadie se le oculta que cuanto alguien más conoce de las cosas más atractivas le resultan.

En el hablar consigo mismo parece que no haya esa dualidad que existe en toda comunicación; existe, no obstante, en virtud de una operación interna de desdoblamiento que se da en toda deliberación y en toda reflexión sobre sí mismo. En la deliberación, y podemos tomar como ejemplo la que precede a la ejecución de un acto voluntario, la conciencia salta sucesivamente de una situación a otra para examinar la primera; el pro y el contra de las posibles acciones existen en nuestra conciencia, y ésta, a su vez, sale de ellos para examinarlos. En la reflexión sobre sí mismo, la conciencia saca a primer plano un tipo de contenidos suyos, y después, desde fuera de ellos, objetivándolos, los somete a juicio. Hay ciertamente dualidad, aunque los dos

elementos no traspasen los límites de una sola y misma persona humana. La soledad en este caso rompe toda comunicación exterior para que nuestro mundo interior aparezca, luminoso y relevante, ocupando, a veces en demasía, la soledad material; «para andar a solas —escribía Góngora—, me bastan mis pensamientos».

La capacidad de hablar con Dios es la más alta posibilidad de aprovechamiento de la soledad. Toda una tradición monacal y el aprecio constante de la oración retirada constituyen la respuesta de la religiosidad humana a la actitud amorosa de Dios, que dice tener sus delicias en «estar con los hijos de los hombres» (*Proverbios* 8, 31). Mas el estar y el hablar Dios con los hijos de los hombres no se realiza normalmente cuando éstos constituyen multitud, porque entonces se hallan prendidos los unos de los otros, y Dios ama con amor exclusivo; el sello de Dios es lo absoluto, lo entero, y para darse quiere que el hombre rompa todas las comunicaciones que puedan distraerle; en suma, que se halle solo, ya que, según reveló por Isaías, «la sabiduría y lenguaje de Dios se recibe en soledad» (*Is.*, 28, 9). No es preciso remontarnos a los estados místicos, donde Dios se comunica directamente con el alma; en los modos ordinarios de conversación con el Señor se aprovecha el lenguaje de las cosas y de nuestras vivencias para dar el salto hasta el Dios transcendente; el recuerdo o la nueva noción que del Creador dan las cosas; el grito que nuestra miseria lanza a la Misericordia infinita, o el canto exultante de nuestra alegría hacia El que es fundamento de toda riqueza, con las mociones directas que el espíritu de Dios hace en el espíritu del hombre, son las causas de que se convierta una soledad cualquiera en la «soledad sonora» de que habla San Juan de la Cruz en el Cántico espiritual (*Canción* 15)..

Si recordamos ahora nuestro concepto de la soledad como ausencia de comunicación, nos encontramos con que las fecundas soledades referidas no son soledad en sentido es-

tricto, aunque tengan sus características externas, puesto que en ellas hay una comunicación y aun comunicación más intensa que las ordinarias en la vida del hombre. Y es necesaria tal comunicación para que el hombre pueda gustar los frutos de la soledad. Así puede resumirse diciendo que la soledad se hace fecunda cuando, conservadas sus apariencias externas, soledad material, al hacer posible y aun al incitar al hombre hacia una concentración de sus fuerzas, crea el medio más adecuado para una intensa compañía o comunicación espiritual.

La soledad es como un vigoroso claroscuro de nuestra vida, que por un lado nos echa sin compasión el peso de la propia penuria y por otro nos liberta de toda relación inútil que pudiera esterilizar nuestra existencia.

* * *

Si examinamos ahora la situación del maestro rural a la luz de este análisis de la soledad, nos encontramos con que en su aspecto negativo el aislamiento surge principalmente cuando se halla fuera de la escuela. Es por lo tanto, en su vida personal donde se produce el impacto de la soledad; mas se produce precisamente por ser maestro; recordemos de nuevo la investigación de Greenhoe, según la cual el maestro es considerado como un extraño en la sociedad. Estamos ante el caso probablemente más agudo de la influencia que la profesión docente ejerce sobre la vida privada de quien a ella se dedica. En el maestro existe con mucha frecuencia la nostalgia de la ciudad y el aburrimiento; la angustia se da en contadas ocasiones, lo suficientemente escasas para que podamos afirmar que cuando se produce es porque el maestro se halla en condiciones anormales.

Aburrimiento y nostalgia de ciudad van estrechamente enlazados, mas son claramente diferenciables

Dos formas de aburrimiento se dan en el maestro rural. El *aburrimiento personal*, debido a la falta de posibilidades

de diversión; llamo personal a este aburrimiento porque no es típico del maestro en cuanto tal, sino de cualquiera que, acostumbrado a la vida de la ciudad, se ve obligado a vivir después en núcleos pequeños de población; implícitamente va dicho que este aburrimiento le padece el maestro fuera de las horas de clase. Este tipo de aburrimiento arguye pobreza espiritual; el en apariencia vacío ambiente pueblerino no es otra cosa que la proyección de la vaciedad interior; nos aburrirnos cuando tenemos el alma dormida, según se lee en un maestro de vida espiritual.

El *aburrimiento profesional* se produce cuando no se alcanza el éxito en la tarea educativa. En la escuela se enseña, se corrige, se gobierna en función del perfeccionamiento de los alumnos; cuando este perfeccionamiento no aparece, o se ve en mucho menor grado del esperado, entonces las menudas tareas escolares pierden su sentido; la ilusión o la esperanza desaparecen del maestro, quien, como un forzado, realiza de un modo mecánico y rutinario lo que ha de ser tarea racional; la vaciedad humana de la rutina es la expresión material de un alma aburrida de su tarea. ¿Causas de este aburrimiento? No es la impericia didáctica en sí; empleando métodos ineficaces puede un maestro trabajar con ilusión en su escuela; el decaimiento se inicia precisamente con la conciencia de la falta de éxito y se transforma en situación permanente de rutina, cuando no hay reacción de lucha contra la ineficacia, cuando el maestro se deja estar en el seguir trabajando sin saber para qué; hay aquí un dejarse llevar por las circunstancias que cada vez irán limitando más las posibilidades de reacción contra ellas.

Es de notar que el aburrimiento al cual he llamado profesional puede surgir cuando a la tarea docente se va con ilusiones o esperanzas desorbitadas en la eficacia del propio trabajo.

La nostalgia de la ciudad es como el correlato de los diversos tipos de aburrimiento apuntados y surge cuando en

tales situaciones aparece el recuerdo de la ciudad como posible remedio al aburrimiento.

En la literatura es un lugar común la nostalgia de la aldea; mas en la vida del profesional que ha sido estudiante tiene una ancha realidad la nostalgia de la ciudad. Sus posibilidades de recreo se enfrentan con el no poder divertirse en el pueblo. La existencia de compañeros de profesión o de mejores recursos didácticos son el contrapunto del aburrimiento profesional.

Hay una situación peculiar de cualquier «funcionario» que va a ejercer su profesión a una aldea y que por lo mismo alcanza de lleno al maestro: la soledad frente a los demás. Todas las miradas de los aldeanos se clavan en el maestro; una especial curiosidad, la esperanza, el escepticismo y tantos otros sentimientos comunican una gran carga afectiva al mirar de los pueblerinos cuando el maestro aparece en el pueblo; después, a medida que va siendo figura cotidiana, los aldeanos toman actitudes a favor o en contra: enseña mucho, enseña poco, es un señor muy listo, no sabe nada; y con estas actitudes tomadas la conducta del maestro es objeto de una observación atenta, si es que no llega a ser pegajosamente espiada.

* * *

Afortunadamente, también es aplicable a la profesión magistral la posibilidad de hacer de la soledad condición para una vida más eficaz.

Hemos visto que la soledad puede contribuir a la fecundidad de la vida porque, cortando la multiplicidad de relaciones, concentra las fuerzas del hombre en aquella relación que sea fundamental; pues bien, trasladando este hecho a la vida del maestro, nos encontramos con que su soledad le permite una mayor concentración en la tarea escolar, una mayor intensidad en la vida de relación con sus discípulos. Las cosas, él mismo, Dios, están más a punto

para conversar en la soledad de una pequeña aldea que en la multitud de una gran población. Si la conversación con las cosas, consigo mismo o con Dios se orienta en función de la vida profesional, se hallará el maestro rural en condiciones claramente superiores al de los grandes grupos urbanos.

Vista la soledad no sólo respecto de los demás maestros, sino también respecto de otros influjos culturales que en la ciudad existen, bibliotecas, cines, museos, ambiente intelectual de muchas familias, es la condición más adecuada para que el influjo del maestro rural sea más hondo en la escuela, y aun en el ambiente extraescolar, que el ejercido por un maestro de ciudad, cuya tarea, en medio de tantas otras influencias humanas, queda más desdibujada en el alma de los escolares.

A la luz de esta consideración se perfila una responsabilidad más honda en el maestro rural; quédese esto consignado simplemente, ya que nos llevaría demasiado lejos, y tal vez a conclusiones condenatorias de la actual realidad, la consideración de las diferencias que existen entre el grado de responsabilidad de un maestro rural y el de un maestro urbano.

Si, aunque sea rápidamente, examinamos las posibilidades de vencer el aburrimiento y la nostalgia profesional, abocaremos a una cuestión de formación técnica del maestro, aunque vinculada estrechamente a su formación moral.

El aburrimiento de no saber qué hacer desaparece cuando se actúa la capacidad de acción o de preocupación, y el aburrimiento de la monotonía del trabajo desaparece a su vez cuando se ve el sentido de lo que estamos haciendo. El maestro rural necesita una preparación técnica suficiente para que sepa siempre qué hacer y para que pueda descubrir en la menuda tarea de cada día la relación que tiene cada mínimo trabajo con esa maravillosa tarea que es la educación. Esperar con ilusión el resultado de cualquier factor educativo y comprobar en qué medida se alcanzó el

éxito, o escudriñar las causas del fracaso, aunque sea pequeño, puede convertir la tarea aparentemente igual de cada día en algo parecido a una de esas maravillosas melodías que con un solo tema, como el *Bolero* de Ravel, puede ser calificada de monotonía apasionante.

En definitiva, contra el aburrimiento, la perfección de la obra pequeña; y si este remedio tiene una clara vertiente moral (por algo cobra actualmente renovado vigor la corriente espiritualista fundada en la perfección de los actos ordinarios), no podemos olvidar que la técnica tiene como finalidad la perfección, aunque sea material, de nuestras acciones.

Estas afirmaciones parece que chocan con una anterior en la que se decía que no es la impericia didáctica la causa del aburrimiento; no son contradictorias, sin embargo, porque al situar tal causa en la conciencia de la falta de éxito nos encontramos también con una doble deficiencia técnica: el concepto erróneo, desorbitado, de las posibilidades de la educación y la incapacidad de diagnosticar las causas de un fracaso pedagógico para remediarlo después.

No es preciso que nos detengamos en el examen de las posibilidades de victoria sobre la nostalgia; ligada estrechamente al aburrimiento, quitado éste, apenas hay posibilidades para la actitud nostálgica.

Consideración especial merece la situación apuntada como peculiar del «funcionario» en un pueblo: el ser «mirado» por los demás. También esta mirada de los otros tiene un valor positivo.

La mirada de los otros nos despoja, nos cosifica. Si Sartre ha puesto de relieve esta acción mortificante de la mirada ajena, es reprochado porque no ha visto su influjo positivo.

Emmanuel Mounier hace un hincapié especial en la mirada que *trastorna*; la molestia, la inquietud, el desasosiego que produce en nosotros el sentirnos mirados es el primer paso para preguntarnos por nosotros mismos, para hacernos cuestión de nuestra vida.

El peso silencioso de una mirada, la revelación clara de un aviso que se nos da y aún la punzadora acción de una frase mal intencionada, sacan al exterior lo que en nosotros hay de sonibra, de oscuridad, de negación; justamente aquello que queremos ocultar porque nos rebaja. Si ahora nos acordamos de que lo exterior deja de ser nuestro, habremos de agradecer al maledicente o al amigo ese despojo que hizo de nuestro ser, porque tal expolio resulta una purificación.

La introspección, o, para hablar con más claridad, el examen de conciencia, fundamento de toda vida espiritual, y conste que no pienso ahora en el orden sobrenatural, es a menudo excesivamente cobarde o corto de vista. ¡Con qué cruel agudeza suele la maledicencia hacer nuestro retrato!

Y supongo que, afortunadamente para nosotros, la maledicencia, por mentirosa, se convierte en calumnia, ¿no es verdad que, aun en este caso, habremos de agradecerle la indicación de un peligro que nos amenaza? A nadie inquieta la burda calumnia que ningún viso de verosimilitud posee: la calumnia malvada y trastornante es aquella que tiene apariencias de verdad por fundarse en la situación real del calumniado, en aquella situación abocada a la deficiencia que la calumnia señala; he aquí por dónde, al señalar en nuestro vivir una sombra, se nos hace patente el peligro de que, en verdad, caminemos hacia ella.

La mirada de los otros, más aún, la crítica bien o mal intencionada, se nos convierten en agentes de vitalidad siempre que nos hallemos con capacidad de adecuada reacción.

En una visión extremosa encontramos al maestro rural asaeteado por las miradas, entregado al juicio de los aldeanos, despojado por su insistente mirar; mas, por lo mismo, en medio de un constante toque de atención para barrer de su vida todo lo que puede ensombrecerla.

* * *

Al hilo de las precedentes reflexiones se ha venido implícitamente apelando a una intensa personalidad interior para

sacar fruto de la soledad. Tres quehaceres se imponen al maestro si su soledad ha de ser factor de vitalidad: Conversación sin palabras (hablar con las cosas, consigo mismo, con Dios); atención sostenida y vigilante a su propia vida personal y profesional, y reacción adecuada al mirar de los demás. ¿No será demasiado para un profesional, que no por serlo deja de ser un hombre corriente? Ya se me habrá adelantado alguno de mis lectores cuando pasó sus ojos por las líneas dedicadas al valor positivo de la mirada de los otros. Sobre el peso que cualquier vida tiene de por sí —habrá pensado tal avisado lector—, ¿quién podrá soportar esa inabarcable tensión del examen propio ante la mirada de los demás? Por otra parte, es fácil recomendar la conversación interior, el constante ocuparse de los problemas escolares; pero, ¿puede vivirse sin arrojar de cuando en cuando toda la preocupación para huir o evadirnos, como ahora se dice, de nosotros mismos?

Las preguntas formuladas plantean en toda su desnudez el problema de la formación del maestro rural, o, para ser más claro, el problema de la formación rural del maestro; porque no se trata aquí de la formación del maestro sin más, sino de la formación del maestro en cuanto ha de ser rural.

Recordemos, para no echarla en olvido, la apelación que en algún momento he hecho al aspecto técnico de la formación magistral; mas claramente se comprende que tal formación técnica queda manca si no va alentada por una formación de tipo espiritual más elevado, estética y moral, si quisiéramos puntualizar.

El problema de la formación rural del maestro es fundamentalmente de personalidad. Y, para no quedarme en generalidades, diré que tal formación ha de orientarse principalmente a la capacidad de vivir en soledad. Aun habida cuenta de lo complejo y escurridizo que es cualquier problema de formación de la personalidad, ciertamente nos encontramos con que es posible un aprendizaje del vivir en

soledad. Cuando Tomás de Kempis escribió que «el retiro usado se hace dulce, y el poco usado causa hastío» (*Imitación de Cristo*, I, 20, 5), hizo una referencia implícita a la posibilidad de ampliar nuestra capacidad de hacer fecunda la soledad.

Sería pueril pretender dar normas didácticas de la formación para la soledad; tal vez no esté de más, empero, recordar que en este aspecto la vida religiosa sugiere muchas enseñanzas, y las prácticas de algunas escuelas orientales, tal la de Santiniketan de Rabindranah Tagore, resultarán también sugestivas.

Mas aún en el supuesto de una completa formación previa no está asegurada la fecundidad en la vida del maestro rural. El hombre no es capaz de mantener el vigor de su vida interior, a menos de contar con puntos de apoyo y estímulos que a lo largo de sus días sostengan y alienten la reciedumbre espiritual que hace falta para vivir en soledad.

En el Congreso Internacional de Pedagogía celebrado en Santander y San Sebastián este año de 1949, fué presentada una comunicación bajo el sugestivo título «Estímulos del maestro»; prescindiendo ahora del contenido doctrinal de tal trabajo, es de notar el acierto con que puso sobre el tapete una realidad poco tenida en cuenta: la necesidad que el maestro tiene de ayuda continua en el ejercicio de su profesión. La soledad es una carga demasiado pesada para que un hombre la soporte a cuerpo limpio y la lleve con garbo durante toda una vida: aun cuando sea con el fin de reforzar sus disposiciones para la soledad, necesita de cuando en cuando comunicación, apoyo en los otros.

El maestro, empero, no puede buscar apoyo sino en quienes sean accesibles fácilmente a la comunicación, en aquellos que, por dedicados a la misma tarea o preocupados con los mismos problemas, poseen la inicial semejanza necesaria para que en ella pivote la comprensión mutua. He aquí una razón que nos desvela el valor que en la vida de un maestro cuotidianamente solitario tiene la reunión

con otro, la comunicación; y si tiramos por la borda el miedo a hablar de cosas demasiado concretas y vulgares, mentaremos el valor de las sociedades de maestros, de las reuniones periódicas, de las revistas profesionales.

Cualquier medio de establecer contacto con otros maestros permite al maestro rural recorrer el camino que lleva desde la pesadumbre del yo hasta el gozoso descubrimiento del nosotros. Cuando podemos emplear el *nosotros*, los demás no están ahí, enfrente, clavándonos sus miradas y despojando nuestro ser con ellas; por el contrario, se han incorporado a nuestra vida; no hay entre ellos y yo una barrera o una distancia que me convierte en cosa; no soy simplemente objeto para ser mirado, sino un espíritu con el cual se cuenta para vivir. El otro no es un monstruoso ojo que me desnuda y me despoja, y que si me ayuda es mediante la congoja o la inquietud fatigosa de mi propio ser; es un reflejo mío, una nueva fuente de vitalidad para mí, algo que, uniéndose conmigo, me eleva; a su contacto, mi propio ser rompe la estrechez de los límites del yo para desbordarse por la indefinida amplitud del nosotros.

* * *

Acabando: la soledad es una pesada carga para el maestro rural, que puede ser convertida en maravillosa ocasión de fecundidad. Mas para que la soledad sea ambiente adecuado de vitalidad, necesita el maestro, además de los estímulos comunes a cualquier hombre aislado, medios de establecer una comunicación periódica que le permita sentirse solidario y asistido por quienes viven entregados a la misma tarea.

Aplicando al maestro una norma de vida espiritual, pudiéramos decir que así como para dar jugosidad a la actividad exterior son necesarias las ~~intro~~versiones de la me-

ditación solitaria, para adquirir la reciedumbre precisa en el uso fecundo de la soledad son necesarias las salidas al encuentro del hermano.

VÍCTOR GARCÍA HOZ

Catedrático de Pedagogía de la
Universidad de Madrid

BIBLIOGRAFIA

- GATES, A. J. and others: *Educational Psychology*, New York, Macmillan, 1946.
- GÓNGORA: Soledades.
- GREENHOE, F.: «The Community Contacts and Participation of 9,122 public School Teachers»... en *School and Society*, 1939, 50.
- JUAN DE LOS ANGELES: *Diálogos de la Conquista al espiritual y secreto reino de Dios*.
- JUAN DE LA CRUZ (San): *Cántico Espiritual*.
- KEMPIS: *Imitación de Cristo*.
- MARCEL, Gabriel: *Etre et avoir*. Paris, Aubier, 1935.
- MOUNIER, Emmanuel: *Introducción a los Existencialismos*. Traducción esp. Madrid, 1949.
- PECK, L. A.: «A study of the Adjustment Difficulties of a Group of Women Teachers», en *Journal of Education Psychology*, 1936, 27.
- PRESCOTT, D. A.: *Emotion and the Educative Process*, Washington. American Council on Education, 1938.
- SARTE, Jean Paul: *L'être et le néant*, Paris, Gallimard, 1943.
- TAGORE, Rabindranath: *Morada de Paz (Santiniketan)*, Madrid, Fontanet, 1919.
- VOSSLER, Karl: *La soledad en la poesía española*. Trad. Esp. Madrid, 1941.
- WALLON, H.: *Les origines du caractère*, Paris, Société Franç. d'Imprimerie et de Librairie, 1934.

S U M M A R Y

The author makes a deep study of solitariness and the emotional responses that this state provokes in man. Solitariness shows two faces a sad one and a glad one. Weariness, spleen and anguish are the expressions of its first aspect. But man has the possibility of drawing good from bad situations. In order to do that, man must be able to speak of things with himself and with God.

The schoolmaster in rural areas meets with two kinds of weariness, the personal and the professional one, which, besides spleen and the fact of being the object of the countrymen's continuous watch constitute the negative aspect of his solitariness. But the schoolmaster can also make of solitariness a condition to get a more efficient life. To this end the rural schoolmaster must have a strong personality and be educated for it. Besides he needs the help of those who work in his same tasks and have his same duties.

The societies of schoolmasters, the regular meetings, the professional magazines and any other way of relationship with other teachers allow the rural schoolmaster to traverse the road that goes from the «ego» to the «nos» which will enable him to have a sense of being backed by those who have devoted their lives to his same task.